

INTRODUCCIÓN

AGRADEZCO A DIOS POR HABER ENCONTRADO A LUIGINO

Una historia cuenta lo siguiente:

“Una noche he soñado que caminaba sobre las playas con el Señor. Escenas de mi vida pasaban a través del cielo. En cada una he notado las huellas de los pies sobre las arenas. La mayoría tenían cuatro huellas, pero una vez eran solo dos huellas. Y veía que en el periodo oscuro de mi vida, las huellas eran solo dos, por eso le he dicho al Señor: “Señor, habías hecho una promesa que caminarías siempre a mi lado. Porque cuando más tenía necesidad de vos, tu no estabas a mi lado”.

El Señor me ha respondido: “Cuando has visto solo dos huellas, era por que yo te llevaba en los brazos”.

He aquí Luigino Rocchi y quién era, un hombre que, después del sufrimiento y luchas interiores, estaba preparado para estar en los brazos del Padre. Y era ¡feliz! Sí, un hombre golpeado por la distrofia muscular progresiva, que tenía el ánimo de sentirse feliz, y reconocía que la felicidad le salía del corazón, por que había decidido seguir al Señor día a día.

Luigino no era un sacerdote, ni un religioso: era un joven, simple, un “pequeño” según el Evangelio, un hijo de obrero que soñaba con un futuro, como puede soñar todo joven. Pero enseguida se encontró siendo un joven “distinto”. Distinto primero por la enfermedad, y después por su grandeza moral, por su gran alegría de vivir, de luchar por si mismo y también de luchar por las personas pobres, oprimidas, por las victimas de toda forma de violencia.

Sus testimonios de fe, de esperanza y de amor están presentes también en sus numerosísimas cartas escritas por años a los muchísimos amigos.

Quién lee sus “cartas” no se encuentra con cuentos, más bien tiene la percepción clara de entrar en el secreto del corazón de un hombre que ha encontrado la paz, ha descubierto la llave de la vida, que sabe donde está la casa de la alegría.

He pensado que, publicar algunas de sus cartas pudiese ser útil para todos, sobretodo para quién es “simple”, para quién sufre, para quién no espera más, para quién se siente detenido en las “cosas”, en la prisa, en el está desbordado de trabajo, en la desilusión o en la desesperación de una vida sin sentido y sin alegría.

Yo agradezco a Dios por haber disfrutado de la amistad de Luigino en sus últimos años. La vida suya era como esponja empapada de fe, del Espíritu de Dios, Un laico verdaderamente SANTO: Esto es de la parte del hombre, por amor a Dios.

Una vez le pregunte si era feliz. Ahí pensó un poco y me respondió:

“Pero tu me haces una pregunta ¡terrible! Yo ahí he colocado 18 años en aceptar.

Y hoy, sí, hoy puedo decir que la alegría me habita dentro, de mi corazón”.

Y yo le preguntaba: Pero, ¿cómo la encajas con la cruz que tienes? “Yo no amo la cruz, no la amo porque ni Jesús amó la cruz; deseo amar a la gente, como Él, a costa de la cruz” Y agregaba: “Cuando me acordé que debo arder como una luz, decidí que era mejor arder sobre un altar que en el sótano. La vida es siempre un gran don de Dios y cuando se tiene un “PORQUE”, se acepta cada “COMO”.

Ha diez años de la muerte no hay dificultad para decir que Tolentino tiene ¡un gran santo laico en el cielo! Un laico para imitar: Un hombre enamorado de la vida. Un hombre para imitar por su apertura mental y de corazón para el hombre de hoy, sobretodo para el hombre que es victima del dolor, de la pobreza, de la injusticia y de las opresiones.

Cuantas veces me telefonaba, para recodarme las campañas en defensa de los torturados y prisioneros políticos

Un laico con el corazón grande porque se ha puesto en las manos de Dios. Quién lee sus cartas siente en seguida que está “leyendo” la “PALABRA DE DIOS” en la vida del hombre.

Deseo pedirle que desde el Cielo nos ayude vivir también a nosotros enamorado de Dios y sobretodo, como decía él, de manera apasionada por cada “*acanastillado vivo*”

Don Rino Ramaccioni
Párroco S. Catervo - Tolentino

Un hombre, un amigo

Luigino Rocchi nos ha dejado el 26 de marzo de 1979, con solo cuarenta y siete años. En todo caso, en una edad en la cual parece irrazonable deber morir. Pero Luigi con la muerte, y con aquella tremenda preparación a la muerte que es el sufrimiento físico, era preparado desde pequeño. “Dicen que desde pequeña era muy bello, pero era ya marcado de un terrible mal: distrofia muscular de Duchenne”.

Pero en la inmovilidad, ni el sufrimiento ha conseguido de mortificar una increíble voluntad de vivir y de comunicar. Tengo debajo de los ojos la carta que me escribió en septiembre del “78”, con una dactilografía un poco insegura, pero no tanto: “Te escribo con una máquina eléctrica porque a mano me es propiamente difícil y, pero a máquina... he tenido que hacer un esfuerzo “creativo” personalmente. No te explico porque me alargaré demasiado. Lo esencial es que puedo escribir, ¿no?”

Él mismo nos cuenta en una carta la génesis de su invención: La enfermedad progresiva, tal vez ha devorado los músculos de los antebrazos y de las manos, no pudo usar más las manos. Pero no se resigna. “Así me ha venido la idea: he inventado un instrumento que mi cuñado ha construido y puesto a punto... Cuando he visto que funcionaba, he dado una “Urrah” de alegría que se habrá sentido en todo Tolentino”.

Me gusta recordar este episodio, porque tiene aquí toda la vitalidad de Luigi, su voluntad de comunicar para dar y recibir (“*Me gusta recordar la alegría que él buen Dios me da*”). Y acá, en definitiva, el origen de nuestra amistad. Desgraciadamente ha estado demasiado breve el tiempo entre nuestro primer contacto telefónico, el día de Navidad del “78”, y su muerte, que he podido tratarlo personalmente. Nuestra amistad, que fue creciendo a través del teléfono, el intercambio epistolar, la mediaciones de amigos en común.

Sirve entonces una profunda tristeza por no haber podido comunicarme más directamente con Luigi. Pero aquello fue intenso y me bastó para experimentar una amistad irrepetible. Para considerarme, sin exageración ni retórica, entre los tantos “beneficiados” del intercambio con este hombre “pobre” y sin embargo así excepcionalmente rico. En un vida enajenada, sometida al cotidiano como aquella del sindicalista, el contacto - también a la distancia - con Luigi significaba una señal en el sentido de las proposiciones, en el significado de las cosas, a los valores verdaderos por los cuales uno piensa ocupar y gastar el tiempo.

La experiencia del sufrimiento

“No soy ni un héroe ni un santo”, dice Luigi. Y menos un que se crisola masoquíscamente en el sufrimiento. “No amo el sufrimiento, por eso no hablo nunca de ellos”. Sus cartas están llenas de sentido de la vida, de alegría. Pero no obstante el

sufrimiento está presente, hace sentir su peso y entrever, sobre el horizonte la sombra de la muerte.

“Puedo decir que el sufrimiento es una revelación: te lleva a ver más allá de las cosas, te descubre valores esenciales, eternos, de la vida”.

Esta experiencia positiva del sufrimiento tiene raíces en la fe. El resto, es un aspecto clásico de la radicalidad de la experiencia cristiana. “Sufrimos terriblemente, pero sabemos que alguien viene a salvarnos, a liberarnos”. «Tu dirás que es cuestión de fe...precisamente».

«Solo Dios - dice Luigi, citando al papa Juan Pablo - no elude nunca. Si Él ahora no puede sacarnos el dolor, puede darnos la certeza que ninguna lágrima, ningún momento de sufrimiento será en vano. Veán, ahora es primavera y todo florece... todo vuelve a tener la certeza de la vida. Sin embargo no hace mucho tiempo de esto y por todo el transcurso del invierno, todo tenía el color de la tierra, todo parecía reseco y quemado por el hielo o sepultado por el fango. No obstante todo la esperanza puesta en la naturaleza, en la vida. Las ramas secas, los pedazos de tierra, las semillas tenían fe en la primavera. Yo tengo la misma fe. Tengo los miembros, también yo como ramas reseca, mi cuerpo un tronco inerte, todo se me cierra y todo me excluye. Puedo decir con Ungaretti¹: “Mi cuerpo es el pueblo más lastimado”. Pero sobretodo mi ser esta tenso en la espera, estoy en alerta, en escucha de una palabra de vida que lo rescate, que lo introduzca en la Armonía del todo, que lo restituya a la libertad, a la alegría por el cual siente de haber sido creado». En su experiencia de sufrimiento, Luigi tiene verificado hasta el fondo la trilogía de la existencia cristiana: fe, esperanza, amor. Y la tiene liberada de los peligros de cerrarse en si mismo. De aquí la amonestación a quien se “encuentra más cómodo, más fácil meterse delante de un crucifijo de madera o de hierro y se olvida, o disimula de olvidarse, del crucifijo de carne y hueso que están a su espalda. El madero no grita, el hierro no sangra: aquel crucifijo en la pared a menudo en verdad no incomoda tanto. Pero la carne golpeada por la enfermedad, por la discapacidad, por la miseria, por la necesidad, por la ignorancia, por la desocupación, del hambre, por la injusticia que grita y sangra: y entonces se deja solo aquel “Cristo del hombre” sobre la cruz.

La alegría, la vida

«Divertirse es crecer adentro placenteramente. Es un avanzar danzando. Es, sobretodo, descubrir el Dios de la alegría».

Algunos encontrarán grotesco que un paralítico hable así de la alegría, como un “avanzar danzando”. Yo lo encuentro simplemente maravilloso. Y es maravilloso que hable de una ‘expresión así concreta y ruidosa como la alegría. No soy el único de estarme lento de entender de este sentimiento así elemental y poco “elevado” como la alegría. Y efectivamente a Luigi le gustaba inmensamente la alegría, los ruidos, el prorrumpir de la vitalidad.

Basta leer estas páginas.

“Hoy es el jueves gordo y mi carnaval es el sentir en la vida la alegría de los jóvenes...Cada tanto llueve encima de ellos un cántico de agua lanzado furtivamente por quien no recuerda más su infancia”. Disfruta de la alegría de los otros, como aquella joven que canta sobre el piano, “desafinadísima”. Pero toma cada ocasión para probar una alegría suya; sabe transformar el insomnio durante un temporal nocturno en una

¹ Poeta Italiano del siglo XX

oportunidad para disfrutar “un espectáculo pirotécnico todo para mí”; se divierte al ver a los sobrinos que juegan entorno a él... Tiene sobretodo el sentido de la naturaleza, que lo maravilla de seguido, también se ve obligado a verla solo por la ventana. La atracción a San Francisco no esta fuera de lugar.

Pertenece a las regiones remotas del poeta Leopardi que siendo distante de allí, sobre los cerros de Recanati, de las bellezas de la naturaleza no sabía que sacar una maldición para la vida.

Todavía una vez, esta capacidad de vivir plenamente en el sufrimiento es sostenido por un fe clara, que es un oración. Escribe Luigi a una amiga: «Mi cuerpo más abajo andaba, mi espíritu más subía y tomaba conciencia de cuanto la vida fuese don, alegría...No se me ha dado la juventud, la fuerza, el estar bien por lo menos cinco minutos solo... Sin embargo a menudo me visita la alegría». Y concluye: «No creas que sea un inconsciente: lo veo en mí que tengo necesidad de todos, también por un vaso de agua, y que no puedo sacarme ni siquiera una mosca de la nariz, pero como mi madre, yo también digo: “Señor te agradezco...”; por el bien precioso de la vida, por todo el regocijo y la alegría que me ha colocado encima y que no merezco del todo.»

Luigi me ha hecho, nos ha hecho un gran regalo: entender hasta que punto se puede amar en la vida. Por esto, él enfermo, no consigue entender porque tantos, sobretodo jóvenes, se apartan de la vida. «Yo no se como se puede rechazar la vida cuando se tiene la juventud, la salud, y todo el porvenir por delante. Para mí es un doloroso misterio. Será porque yo amo la vida; será porque todo me interesa... El hecho es que me guste vivir, y odio todo eso que se opone a la vida. Odio la droga, pero no puedo odiar a los drogadictos. De ellos tengo piedad». Un singular episodio le confirma este amor a la vida: durante una sacudida de terremoto, un lámpara cae y lo alborota el toca disco mientras estaba escuchando “Los Payasos”. Si estaba en otra posición, podría romperle la cabeza. “Es mejor que en esto no pienses. El toca disco puedo siempre rehacerlo, la cabeza no. Yo he gritado y me ha agarrado miedo...signo, esto, que para vivir en esto tengo. Y es verdad. He aquí, si yo amo así la vida, ¿cómo puede una persona que es sana, libre, joven, tirarla fuera?”

Y en otro carta Luigi afirma así: “Es bello cuando se puede disponer de si mismo y cuando se puede decir: mañana haga aquello, después haré aquello otro. Yo debo decir: mañana me gustaría hacer aquello, mañana me gustaría hacer aquello otro. Después mañana quizás. Puedo entender de no poder hacer nada porque el jefe de mi mismo es otro: la enfermedad. Pero la libertad del espíritu, aquello ninguno podrá quitármela”.

Un depósito de energía

“Nosotros los enfermos, si lo deseamos, tendríamos una función indispensable en esta humanidad de hombres despojado de sus individualidad y casi de sus almas”. De la remota habitación de Luigi sale un nuevo mensaje: “contribuir a una humanidad distinta, a partir de la propia condición de enfermedad”. No es seguro un mensaje de piedad, pero de alegría, de empeño por la justicia.

“El sufrimiento hace penetrar allá donde es la verdad ultima de las cosas; hace ver a demás de las palabras, más allá de las banderas. El sufrimiento es universal como la ciencia. Creo que aquello que cuenta sea el hombre, y todo aquello que defiende la dignidad, los inalienables derechos”.

Querido Luigi, has escrito una cosa bellísima: “Según me parece el hombre que no se maravilla más es un hombre muerto”. Te agradezco por haberme hecho sentir vivo. Si

no otra que por la maravilla de encontrar tanta vida, tanta fuerzas y esperanzas donde así parecen cercanos los límites de la muerte y de la impotencia.

FRANCO BENTIVOGLI, sindicalista

Foto de Luigi

“...Estoy contento por este libro, que es capaz de llevar aunque sea un granito de bien. No deseo absolutamente que represente un “libro de dolor, de sufrimiento”. No un libro escrito por un enfermo, sino de un hombre que ama, que sabe conocer la alegría a pesar del dolor, el sufrimiento. Diré un libro de Amor porque de todo soy enamorado, y un libro de alabanza porque de todo estoy pleno de gratitud; pleno de gratitud en primer lugar al Señor...”.

Luigi Rocchi

- Las cartas referida en este opúsculo son tomadas del libro de Luigi Rocchi: “Tu Luigi”, Edición Mensajero, Padova (ya terminado)
- Las cartas dirigidas a Luciana y Giuseppe son inéditas.

Quién Soy

Tengo cuarenta y un años. Dicen que de pequeño era muy bello, pero era marcado por un terrible mal: distrofia muscular de Duchenne. Estaba escrito que me esperaba la más absoluta inmovilidad. Si fuera un tipo que hace las lamentaciones, te diré que todos los sufrimientos padecí, todas las humillaciones: te hablaré de mis noches sin reposo.

Pero no deseo entristecer a ninguno, más bien, me gustaría gritar la alegría que Dios me ha puesto dentro. Sería injusto tenerla todo solo para mí. Tal vez te hablo de mis padres que, para salvarme del cruel y terrible dolor, han hecho sacrificios inmensos. Ha estado un verdadero *Vía Crucis*, para mamá, verme destruido por el dolor, pero ha conseguido darme una fe clara y generosa.

Es ella que comienza la tarde con sus oraciones con “¡Te agradezco Señor!”...Yo he reaccionado pensando que cuando se es una candela y se está destinado a quemar, es mejor arder sobre un altar que en un sótano...

No amo la cruz por la cruz...Pero cuando hay, necesidad de hacerse medio de salvación, una fuente de misericordia y de perdón. Y esto es posible solo si unimos nuestros sufrimientos a aquellos de Jesús y si con Él transformamos la cruz del dolor en cruz del amor...

No soy un héroe, ni un santo. Soy uno que solamente se ha puesto en las manos de Dios, que cree en su amor y se deja guiar...Hasta los nueve años, estaba completamente sin cabellos, sin pestañas y sin cejas y una **cistite** difundida me provoca un sufrimiento terrible; pero la misericordia del Señor me ha hecho experimentar un cosa maravillosa. Cuando mi cuerpo esta más a bajo, mi espíritu más subía y tomaba conciencia de cuanto la vida es alegría, es don. En definitiva cuanto es maravillosa. Muchos pierden el tiempo buscando una prueba de la existencia de Dios y del alma, ¿pero la vida no es una prueba grande?. Yo, humanamente hablando, no tendré nada para estar contento y feliz: no conozco la juventud y ni la fuerza, el estar bien al meno cinco minutos... Sin embargo soy la felicidad en persona... También cuando no tengo a ninguno cerca para un trago de agua o para sacarme la mosca de la nariz. Yo también, como mamá digo: “Señor, te agradezco...Por la vida que me has dado. No lo merecía del todo...”

*

He aquí una foto mía que un amigo mío me ha sacado, mientras utilizo aquel especial instrumento que tengo yo inventado y que me permite escribir en la maquina eléctrica, sin las manos. En efecto por una agravamiento de mi mal, he perdido casi del todo el uso de las manos.

Soy propiamente cómico con aquella “cosa”, parece propiamente un bozal, (no lo hagan ver a su perro, sino se reirá bajo los bigotes).

Con aquel instrumento, se agrega un bolígrafo a la extremidad, también ahí puedo escribir gráficamente. En esto he probado y funciona.

Querida Luciana y querido Giuseppe, en la vida no necesitan declararse vencidos nunca. La dignidad y el valor de un hombre está todo en la capacidad de saberse levantar sobre las propias desdichas.

Es bello ser hombres, si se muestra que no se es ánfora vacía y que en nosotros hay un espíritu indomado que lucha y ama y se dice a si mismo las palabras de Dante: “nacidos no existen para vivir como bestias...” y como llorones, diré yo.

Dios no abandona nunca quién no se abandona: Él sostiene con su amor; siempre.

Más que nunca ahora que estoy completamente paralizado, puedo testimoniarlo.

El amor

...Desearía que yo fuese la última a sufrir. Pero desgraciadamente así no es. Pero estoy contento de “estar” porque nada me impide de querer bien, de amar. Y por esto bendigo a Dios que me ha hecho para el amor.

Según mi parecer cuando el amor es verdadero, hay también y sobre todo una relación de almas, un acuerdo espiritual que no se puede circunscribir a un discurso, aunque sea también inteligente y meditado.

*

Como es generoso Jesús cuando te hace un vista de amor.

Todo esto que es sufrido para Él y con Él ves transformado en un... canal, donde precipitas abajo un diluvio de alegría y de gracia.

¿En verdad, sabes? Se descubre cuanto somos minúsculos sin embargo cómo somos amados. ¿Tanto, tanto, sabes?

Cuando se descubre este amor por nosotros, la vida también así es bella, en medio de tantas tribulaciones y sufrimientos.

*

He aquí, la alegría no se sabe quién puede dártela.

A mi me daba aquel temporal.

Me disgustaba por mi planta que permanecía al descubierto. Temía que el viento lo tirase abajo del alfeizar. En cambio no, el viento la ha perdonado y esta mañana está más bella que ayer, más verde – no se como decir.

He aquí, la realidad está dentro mío, y es pasando dentro mío que encuentro el camino de la alegría, del amor y la realidad de Dios que no abandona a ninguno. Más bien.

Sí, verdaderamente puedo decirlo, a veces consigo ser feliz.

Esta es la prueba que existe el alma. En efecto la condición mía material es tal que cada alegría pareciera privilegiada. No tengo en serio ningún motivo para estar contento, aplastado como estoy de tantas necesidad y sufrimientos que es difícil imaginar.

Sin embargo siento la alegría de existir, por que no siento solo de vivir sino poseer la vida. Para entenderlo se necesita pensar aquello que dice el Señor Dios cuando reveló su nombre. Dice: “Yo soy aquel que soy”

Una cosa es vivir, y una cosa es poseer la vida. Como una cosa es ser joven y una cosa es poseer la “juventud”. El cuerpo mío vive; pero el alma mía posee la vida.

Yo desgraciadamente no puedo tener vacaciones y estoy aquí en esta bochornosa pequeña cama.

Me distraigo con los gritos que hacen los chicos que juegan en el descampado al lado de estos edificios. Cada tanto llueve, ellos encima de un cántaro de agua lanzado furtivamente por quién no recuerda más su infancia y se ha dado al silencio por que no tiene más nada que decir o de hacer esperar.

Yo en cambio amo esta “caciara”(confusiones), y estoy espiritualmente con los chicos. Creo que también el Señor estaría todo orejas para recoger el gritar de todos los chicos del mundo.

Para él tal vez es la única consolación con todas las brutas situaciones y las porquerías que acuerdan los grandes.

*

Un amigo mío sacerdote me la hizo propiamente de amigo! El otro día me ha traído en mi casa un periodista que me ha hecho un montón de preguntas y de fotos. Por la “peppa” (¡por la miseria!). Me colocan en los periódicos, ¡migaja no! Se ve que debo hacer también esta penitencia. La periodista me dijo si me gustaba vivir, si me sentía inútil. Después me ha preguntado: “¿Si tu madre, sabiendo que estabas afectado de este terrible mal cuando era en su seno, te habría impedido de nacer?”.

Pero no, mamá nunca habría hecho una cosa del género. Ella es como yo; tiene demasiado respeto por la vida y por la voluntad de Dios.

De todas formas he respondido: “Nos hubiese probado! Hubiera sido una maldición!”

Es bello existir. No solo por esta interesante vida; sino sobretodo porque he podido y puedo conocer a Dios, su bondad y podré continuar existiendo después en su amor.

Esto es en verdad más de un don ¿no crees?

*

Un tal decía que para ser felices necesitaríamos estar desmemoriados, egoístas y perfectamente imbéciles.

¿Pero como se puede asesinar así al propio animo haciendo disimular de no entender, de no ver, de no escuchar todo el dolor que hay en el mundo, en nosotros y fuera de nosotros?

Se necesita en cambio tener el coraje de ser vivo, y se es vivo solo si se ama. De este coraje de vivir el amor nace la serenidad y una misteriosa alegría en nuestro corazón.

*

...Mientras te escribo, la sobrina mía Paola me hace cabecita de atrás de la litera. Deseo ver como me la son tomadas: me ha desojado escrupulosamente aquellos mis tres floreros que eran para las flores.

Quizás cuanto, aquel pequeño Attila, se habrá divertido al peluquearlas. ¡Paciencia! He probado a hacer el ceño, pero después bufo a reír y aquella astuta me aprovecha. Si supiera cuantos se me asemeja! Y los otros sobrinos no son menos. Pero bendito el buen Dios por estas criaturas que consiguen a hacerme soportable la dureza del sufrimiento y la pesante consecuencias de esta crisis económica. Son siempre los más débiles, los más expuestos a sufrir de más.

*

Y después para saber la verdad del destino último del hombre basta abrir el Evangelio. Allí está la historia de un hombre que ha amado mucho, sufrido mucho por amor, que es muerto por amor y que es resucitado por amor.

He aquí el único muerto que ha regresado a hablar. Él solo pudo haber dicho la verdad. Un sobrino mío Sergio me estaba hojeando un opúsculo de arte para hacerme ver por qué, como sabes, yo no puedo utilizar ni el brazo y ni las manos. Un opúsculo que me ha regalado un amigo mío que sabe de mi pasión por el arte.

Pregunto entonces a mi sobrinito;

- A vos te gusta estas cosas?

- Sí que me gustan estos diseños que hacen los niños grandes... - me dice él.

Creo que los artistas son verdaderamente niños grandes, o de los grandes que no han cesado de ser niños.

Por que el arte para mi es estupor expresado.

De todas las sensaciones que habíamos provocado o que podemos provocar, el estupor es aquello que queda.

Cuando rezo digo: "...Danos hoy el pan cotidiano y la gracia de maravillarnos de algunas cosas..."

Y cada día parece que el buen Dios me a contenta.

Por ejemplo, esta mañana, aquel rayo de sol, que incidiendo sobre el vidrio del vaso dejado por casualidad sobre el alfeizar, ha generado sobre el techo un arabesco de todos colores: del rojo al azul. Una cosa de verdad muy bella.

También este pequeño estupor es una señal del amor de Dios.

Creo que Dios nos manifiesta cada día su amor de mil maneras; pero somos nosotros que no deseamos acogerlo.

Que Dios nos ame es de verdad maravilloso.

"Nosotros existimos porque Dios nos ama": cuantas veces me repito esta frase. Y siempre me parece la cosa más increíble que sea así.

*

Recuerdo la curiosa respuesta que me dio un joven amigo, enfermo de artritis deformante. La enfermedad lo había reducido a un ovillo humano, todo encogido sobre si mismo, en una posición fetal.

Le dice:

- Giovanni - este es el nombre suyo - se sincero conmigo: ¿a vos te gusta existir?...

Me miro fijo en los ojos, golpea los parpados con aquel modo suyo simpático de amigarse y, bromeando, me responde:

- ¿Sabes porqué yo estoy así envuelto sobre mi mismo? Por miedo que la vida se me escape. Me he colocado por fuerza a detenerla...

*

Según mi parecer Buda y quienes como él consideran la vida un peso, una pena y un grave engaño del cual es una gracia liberarse, han tenido la fortuna de encontrarse o de experimentar aquello que yo llamaría “el dolor mudo”, “el sufrimiento lamentoso”, que ven negro y seden al incentivo de la desesperación.

Una vez, un camillero, que estaba sentado al costado de la ambulancia mía mientras se esperaba la hora de la visita a la santa gruta de Lourdes, me dice:

- Sabes, Luigi, hasta ante de ayer me la tenía con el Señor Dios, porque me había sucedido de ver demasiados sufrimientos en el mundo. Tenía la impresión que Dios no si dedicaba de quién sufre, que fuese indiferente a las nuestras tribulaciones...

- Y hoy? - le pregunte.

- Hoy - me explicó él - hoy se que Dios desciende en todos ustedes, enfermos, que Él esta crucificado con vosotros. Para convencerme de esto, es una realidad que he constatado con mis propios ojos aquí en Lourdes. Mira, Luigi, el dolor, el sufrimiento en otro lugar gime, grita, blasfemia, maldice: acá en Lourdes en cambio cantan, cantan...

Sí, Buda estaría vencido en este dolor que canta... Pero para los de su tiempo Jesús todavía tenía que venir entre nosotros, y sin Jesús el sufrimiento queda oscuro y mudo.

*

Muchos se preguntan que cosa sea el hombre. Yo no he podido estudiar: a una pregunta de esta envergadura puedo responder solo con palabras simples, a la buena.

El hombre, para mi, es aquél ser que se enoja por haber crecido, y asomado al antepecho de su corazón, llama desesperadamente a aquél niño que fue un tiempo.

Entonces se entiende porque la navidad tanto lo conmueve: Para navidad aquél niño que está en él responde. Escuchémoslos, os pido.

Señor hombre maduro, señor “grande”, se que eres poco feliz y lo siento. Pero gran parte de la culpa, créeme, es tuya. Tu manera de vivir a menudo es una manera de hacerte el mal a ti mismo y a los otros. Tú me has abandonado convencido de superarme y en realidad no has hecho otra cosa que tirar tu corazón y correr detrás de dioses míticos que no pueden y no podrán jamás hacerte feliz. Hace un tiempo que has dejado de maravillarte, de entusiasmarto, de sorprenderte. Mira entorno y dime si el mundo, es mundo construido de seres maduros y responsables. No, eh? Estoy contento que al menos lo reconozca. Como estás reducido señor hombre maduro: tienes miedo hasta de ti mismo. A veces sentís un gran deseo de llorar, de gritar la angustia tuya, tu amargura, tu soledad.

¡Pobre señor hombre maduro! Ah, se te deja ser grande en el mundo en el cual lo eres! Ser gran quiere decir totalmente otra cosa. Si realmente quieres saber, pídele a aquél Niño que nacerá en la pobreza y humildad en un pesebre, a aquél Niño que se le dará el nombre de Jesús. El te dirá que solo creciendo en el amor se crece verdaderamente. La verdad, la única madurez es aquella del corazón. He aquí, se debe llorar, desde ahora el error, de frente al Pesebre. Y no te avergüences de llorar. Y reza diciendo a Jesús una sola cosa: “Has no a todos retornar a niños. Tu en efecto has dicho que, si no se vuelven como niños, no se entra en el Reino de los Cielos”

Señor hombre maduro, feliz Navidad. ¡Que tú puedas ser feliz!

Discúlpame este escrito un poco extravagante y tal vez impreciso. Pero yo he tenido por maestro el dolor y de profesor la enfermedad y la necesidad. Pero el buen Dios un gran don me ha hecho: Me conservado un corazón de niño. Dios los bendiga, y bendiga las familias vuestras.

LA AMISTAD

Yo no entiendo porque las personas a las cuales quiero un montón y las quisieras cercanas, sin embargos son siempre lejanas...

*

Debo responder a un amigo y estoy seguro que no me escribirá más.
Pero yo prefiero perder un amigo, que renunciar a decir aquello que pienso.
Para mí la sinceridad vale cada cosa: sin la sinceridad no puede estar ahí en verdad la amistad y nada de valido se podrá construir.
Tú me gustas porque eres sincera y vives aquello que piensas. En resumen tú eres aquello que pareces. Y esto es todo lo que pretendo de una amistad.
Desgraciadamente los cristianos sean vueltos aquellos que “dicen lo que no hacen y hacen lo que no dicen”, y el mundo refleja esta infidelidad a Cristo.
Esto no es verdad. Pero admitamos que sea así: ¿Qué importa el color del vaso con la cual se trae el agua para quién muere de sed?

*

Querida Luciana,
Hoy, a un mes, es ya la vigilia de Navidad. ¿Mama mía como pasa el tiempo? Será una navidad de más austeridad que año pasado: esta crisis peligra de llegar a ser crónica. De toda forma nunca debemos renunciar a la esperanza.
Me da gusto que donde estás ahora no debes trabajar pesadamente como antes debías. Tienes un poco más de tiempo y espero que lo dediques un poco a mí. Recibir cartas de ti me hace feliz. Acá en esta jornada el día es bueno, mientras para vosotros en esto se llevó por momentos el agua del Po. Emma no da señales de vida desde el tiempo de Noé. Le he escrito dos veces pero nada. Habrá agarrado la “giuseppivite” (deseo de castidad perfecta) también ella.
Querida Luciana, manifiéstate viva al menos tu, pero por carta porque en el teléfono me emocionó y no se que decir, Con todo el corazón saludos amoroso a ti, al Giuseppe y a tu mamá. Os anticipo el saludo de Navidad. De nuevo hasta pronto.

LA SOLIDARIDAD'

Mientras te escribo, en el descansillo y abajo por las escaleras se siente el alboroto que hacen los maleteros de la Comuna para llevar abajo las miserables cosas de una viejita muerta hace algunos días. Habitaba en un departamento al frente de este.
Aquellas cosas andarán a terminar al macerado o a la basura. Ninguno de los parientes las quiere. Sin embargo aquellas cosas pobres eran las alegrías de aquella viejita: ¡quizás cuantos recuerdos encierran en sí, aquellos objetos para ella!
Era pobre, pobrísima; pero tenía un corazón de oro. Venía a menudo a encontrarme y me contaba las mismas cosas, tan así que la sabía de memoria.
¡Pobre Augusta! Estaba encariñado, también porque me recordaba un poco a mi querida abuela que se llamaba Augusta como ella. También mi abuela era pobrísima. Tenía, sin embargo un delantal lleno de “bolsillos escondidos” de donde sacaba a fuera nueces, higos secos y no se que otras cosas.

Cuando mi padre no trabajaba, lo que sucedía a menudo, y nosotros teníamos un hambre atrasado, ella como por magia sacaba fuera de su portentoso delantal de las mejores fetas de polenta y de pan.

- Come - me decía - yo no tengo hambre...

Ella no tenía nunca hambre, nunca sed, jamás frío (un poco como mi mamá, se ve que es una...virtud...de familia). Y me decía todavía:

- Tú, pobrecito, eres como un pajarito que no puede volar...Sin embargo un día tendrás unas magníficas alas, las más bellas porque Jesús ama mucho al que sufre...

¿Ciertos recuerdos calientan el corazón, no es verdad?

*

Nuevamente se estaban abriendo las escuelas y ese año estaba yendo para la escuela por primera vez también mi sobrino Sergio.

Estaba todo emocionado y yo más que él. Era muy simpático con aquella cartera más grande que él y el guardapolvito negro y el moño azul.

En las primeras clases no quería saber de colocarse aquel guardapolvito negro y el moño.

Y yo solidarizado con él porque aquellos guardapolvos y aquel moño son para distintivo, y yo odio todo lo que sea distintivo.

Creo que mientras en el mundo tengamos los distintivos, los hombres no encontraremos el camino de la fraternidad. Tal vez sea un discurso que no entra con el “delantal”, pero se comienza siempre con poco.

Si esta sociedad se perdiera, es porque tratan con indiferencia y abandono a quienes sufren.

Aquello que se ha perdido en gran parte en nuestros pueblos es la piedad, la solidaridad.

*

En la mañana escribo, después leo porque me llegan muchas cartas.

Y crece, porque crecen las ansias, las inseguridades de tantas gentes y todos tienen necesidad de un bocado de aire.

¿Pero no te parece extraño que yo deba animar, sostener y consolar tantas gentes?

Sin embargo es curioso este Buen Dios que se sirve propiamente de los rechazados.

Y yo soy propiamente un “incapaz”.

¿Pero, sabes que existe gente que organiza la “jornada del perro marginado”, y tal vez se desestima de organizarla para los pobres Cristos humanos? Y yo de aquí sé algo.

Está quién me dice: “Reza para que el Señor me de una sugerencia donde construir con seguridad mi casa cerca del mar”...Y después, así como respondo: “el Padre Eterno no hace complicidad”, de allí si prenden y no me escriben más.

LA JUSTICIA

Una vez los hombres esperaban todo de Dios. Ahora debemos crecer y llegar a ser más maduros y convencernos que les toca a los hombres resolver sus propios problemas con la ayuda de Dios.

Según me parece, las cosas son así:

“El mar y el viento son de Dios; el barco, la vela y los remos son de los hombres”. Por lo tanto nos toca a nosotros alzar la vela y remar. Nos lamentamos de este mundo, lo deseamos todos que sea mejor, sin embargos son pocos los que desean ser mejores en sí mismos, pocos desean remar.

Para mí los remos son esta inmovilidad, esta mi pobreza y sufrimiento. No es que me gusta esta situación; Pero no siempre Dios nos pide hacer cosas a nosotros. La verdadera grandeza del hombre es poder decir: “Se haga tu voluntad”. A veces es duro saberlo decir: ¡Sin embargo otras veces ésta “dureza” da cuanta alegría! La alegría no es otra cosa que dejar hacer de Dios.

Quién se lamenta, pero no hace nada, puedo darles la respuesta que ha dado Jesús a aquellos operarios que se lamentaban frente a Él, delante del crucifijo.

Le responde Jesús: “¿Hijo mío, verdaderamente a mí me dices estas cosas? ¿A mí que tengo los brazos clavados? Yo estoy muerto porque tú tienes los brazos libres y, teniendo libres las manos ¿las usas?. Necesitas hacerte justicia a ti, con el empeño de todos. Hijo mío, utiliza tus manos libres, o sino terminas en la cruz como yo”

Tener fe significa tener la valentía de luchar. El reino de Dios, el reino del amor es por lo tanto de la justicia, se necesita saberla conquistar. Y un medio es sin duda el voto, el empeño.

Si no cambiara radicalmente de una vez esta realidad, ninguno podrá dar trabajo a mi cuñado y a todas las otras personas.

Y estaremos siempre nosotros a pagar, nosotros que somos los más débiles y más expuestos.

*

El pobre no son aquellos que tienen menos que los otros, sino sobretodo aquellos que le han sido sacado lo que es suyo, eso que se gana con duro trabajo y sacrificio. El pobre es el robado, el desnudado que reclama lo que le pertenece.

Como dice el Padre Gauthier: Los pobres reclaman justicia, no piedad. Los humildes, los marginados, los desocupados, los oprimidos, los excluidos, los explotados, los pobres, en definitiva, quieren algún centavo, algún óbolo, desean que nosotros nos coloquemos a su lado, espalda contra espalda, para la construcción de un mundo distinto, un mundo de rostros humanos, un mundo donde se ha perdido la noción de pobre como estado de necesidad, de constrictión y de limitaciones, sea física, sea cultural, sea espiritual.

Y este mundo distinto no nos será bajado del cielo, no nos será dado gratis: costará sacrificio, dolor, lágrimas, costará lucha. Consiente de esto no podemos no asumir un empeño político, o sino la nuestra solidaridad, nuestra caridad sería un farsa, una comedia.

LOS OTROS

Ahora no me pesa más este mi cuerpo pobre destinado casi a la inmovilidad absoluta; ahora los mordiscos del mal, que me está devorando esta mísera carne, no lo siento más tan feroz.

Con un poco de bondad auténtica se puede perdonar a quien se encuentra más cómodo, más fácil, meterse a delante de un crucifijo de madera o de hierro, y se olvida, o disimula de olvidarse, del crucifijo de carne y hueso que esta a su espalda.

El madero no grita, el hierro no sangra: aquel crucifijo pegado a la pared no incomoda mucho de verdad.

Pero la carne golpeada por la enfermedad, el padecimiento, de la miseria, de la necesidad, de la ignorancia, de la desocupación, del hambre, por la injusticia grita y sangra: y entonces se deja solo aquel “Cristo de hombre” sobre la cruz.

*

Ayer, la muerte de una joven me ha entristecido. Estaba en su casa en un aislado más bajo que el mío. Tenía veintidós años y se sospecha que la muerte ha llegado a través de la droga. La han encontrado una patrulla de policía, muerta en el patio de un barrio popular. Tal vez ha muerto en otro lugar y después ha sido arrojada allí. Te dejo imaginarte el comentario de la gente.

Y estos comentarios me entristecieran todavía más. No se necesita nunca enjuiciar a ninguno: De frente a Dios somos todos pecadores. Pero es triste morir a los veintidós años, cuando la vida podría darnos tantas alegrías y tanto se podría hacer por los otros y por sí.

Es verdad que esta sociedad esta enferma y va en putrefacción, si pasa que para veintidós años se pueda ser ya quemado. Yo creo que la responsabilidad es de todos. Cuántas malas lenguas, ahora, sobre esta joven.

Si se rezara, callando, tal vez se mostraría pudor: ninguno tiene el derecho de tirar piedras contra nadie.

¡Que el Señor tenga misericordia de todos!

*

Cerrado en esta angosta habitación, el verano para mi es como fuego artificiales de ruidos, voces, alborotos que irrumpen de la ventana donde se detiene el resplandor del sol.

Todo esto me acentúa aquel estado de soledad y de marginación que a menudo me embiste como una tentación. No se si a ti el verano te hace el mismo efecto y así a los otros. Debería pensar que no, por que el verano para quién se puede mover favorece los encuentros: es la estación del encuentro y de las comunicaciones.

Sin embargo creo que esto no le basta al corazón del hombre que no tiene tanta necesidad de comunicaciones, cuanto de auténtica comunión, de reconocerse en la intimidad del propio ser, en disponibilidad total de sí mismo a los otros, y de los otros hacia él.

Sin embargo yo consigo superar este estado de soledad de lo cual te he hablado, haciéndome enteramente disponible a los otros, esto es amándoles.

Y más se ama y más allí se siente meno solos, por que Dios viene a nosotros a través del sendero abierto propiamente de este amor nuestro: Él pasa siempre a través de nuestro corazón.

Y, donde el Señor pasa, irrumpe la alegría más plena.

*

“Me siento tirado...” me ha escrito hace uno días un amigo mío joven enfermo. Y otro me escribe: “...Si supieras cuantos cuidados y atenciones los vecinos míos tienen por las plantitas y las flores de los jarrones en los balcones y en los jardines...Para mí que sufro, no tienen ninguna. Evidentemente para ellos valgo menos que una planta, tal vez menos que los animales.

Esta sensación de sentirse “tirado”, de valer meno que un mineral se acentúa en el período de vacaciones, cuando explota en los sanos la “fiebre de gozar”, la frenética de la evasión y del divertimento a todo costo. Entonces la gran parte de los sanos hacen como los ricos, se cierra en la coraza llena de espinas del más marcado egoísmo y piensa solo en broncearse al sol, bañarse en el mar y de oxigenarse en las montañas. Seguros entonces no piensan que el sufrimiento, el dolor, la pobreza no van jamás de vacaciones.

*

Me viene ahora en la mente una leyenda que me ha contado mi querida abuela y la quiero decir de manera que sea un poco modernizada.

Un tal Ginepro de nombre, estimadísimo ciudadano y laudable cristiano, tuvo que morir a pesar de sí. Visto que el cuerpo ha permanecido como un bacalao, deciden dejarlo, para buscar sistematización en el “mundo de los más”. Cuando San Pedro, sobre el umbral del Paraíso, había mirado sus documentos, le dice:

- Amigo mío, acá faltan las fotos de los crucifijos donde tu estas de rodillas.

Torna abajo y tráemelas: ¡son necesarias!...

El pobre Ginepro tornó después de tres meses a la presencia de San Pedro.

- He aquí, aquí esta - le dice- son las fotos de más o menos tres mil crucifijos de los cuales me he persignado y he hecho las devociones mías y a los cuales le he llevado amor...

San Pedro miró y dijo:

- Por ser tres mil, son tres mil, pero son todos crucifijos de madera, de hierro, de marfil y hasta de oro. Pero no veo ningún crucifijo de carne y hueso, un crucifijo vivo. Sin embargo la tierra esta llena de gente que sufre y languidece de soledad.

Me disgusta, pero yo no te puedo hacer entrar...

*

La humildad es la luz de Dios en nosotros.

Se pide a menudo un milagro para creer en Dios, y no nos acordamos que cada hombre es un milagro.

Hoy el hombre no es considerado por lo que es, sino por aquello que tiene o por aquello que produce; el hombre no es considerado un valor, sino un dato estadístico.

Yo que soy pobre, enfermo, estoy colocado entre los marginados, considerado “un pasivo”.

Pero en esto están todavía aquellos que saben colocarse desde el punto de vista de Dios y no siguen la lógica del mundo.

Se dice que Dios es muerto. Esta es la más grade blasfemia para el Dios que cuyo nombre es “Viviente”. (Así en el Apocalipsis y en la Sagrada Escritura).

He aquí, hasta donde llega el orgullo humana. Aquella expresión me ha golpeado particularmente, para que descubra cada día cuanto Dios esta vivo y cuanto su presencia vivifica.

El rinde pleno las jornadas mías y valido cada momento de mi vida de sufrimiento: para Él yo no soy un “pasivo”.

EL SUFRIMIENTO

Yo entiendo que estudiar, querida Elena, pero tu quieres ser verdaderamente la “primera de la clase” en esta escuela de dolor.

Una escuela a la cual se le ha sometido a un alumno que es dueño del mundo, el Buen Jesús, y por lo tanto deberíamos mayormente someternos nosotros que poseemos solo las miserias nuestras.

Pero...si alguna vez se pudiese faltar a la escuela, como hacía desde muchacho en las bellas jornadas de primavera...

¡En cambio ésta de dolor no da ni siquiera vacaciones! Deberíamos protestar, queremos la reforma: ¡deseamos las vacaciones! Hagamos una petición para entregar a San Pedro, que está detrás de la puerta del paraíso.

Si el buen Dios no nos concede las vacaciones, hacemos huelga. Basta con las píldoras, las punturas (o inyecciones, es decir si desea) ¡basta! Bajaremos de las camas, de las sillas de ruedas, y haremos la marcha de la protesta.

Queremos las vacaciones, la semana corta: lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, haremos de enfermo, pero el sábado y domingo queremos todos ir a baliar, OH! Y después todavía OH!

Por eso no estaré de ocio porque preparo los carteles de protesta: “¡Queremos una cruz de plástico!”. “Basta con las píldoras grandes, queremos aquellas pequeñas”. “Queremos la ‘medicina preferida’”; y otras las inventarás tu.

*

La enfermedad mía me ha separado del tiempo. Miro las cuestiones actuales con tal separación, como hoy nosotros miramos las cuestiones históricas de los tiempos de Pericle en Grecia, o las luchas entre Grecos y Persas.

El sufrimiento te hace entrar allá donde esta la verdad ultima de las cosas; hace ver más allá de las palabras, más allá de las banderas. El sufrimiento es universal como la ciencia.

Creo que aquello que cuenta es el hombre, y todo aquello que defiende su dignidad, y sus inalienables derechos. En la base de todo está la liberta y la libre comunión de las almas.

Las barreras sirven solo para impedir esta comunicación, este coloquio entre hombres.

Cuantas veces me han dicho tratando de consolarme: “Hijito querido ¿en esto que quieres hacer? El destino tuyo es esto. Cada uno nace con su destino: tu has tenido un feo planeta”.

Piensen en consolarme, en cambio me humillan: Me sacan también la libertad, me reducen a un títere, victima por si acaso de un titiritero cruel que se divierte, o que ha decidido hacerme sufrir.

En cambio cada hombre esta llamado al sufrimiento porque cada hombre esta llamado al amor. Más bien, es en el sufrimiento que uno muestra que ama o no.

A veces, la tentación me susurra: “sí, tu lo llamas Padre. ¡Bello “padre” si te hace sufrir! ¿Dónde esta el amor de Dios, si te ha reducido a un escombros, eres tus llagas y tu tormento?

Pero yo se que, si Dios no me amase, no tendría esta alegría serena dentro de mi. No es el sufrimiento para maravillarse (en este caso se podría decir: para escandalizarse) el ser mí; para maravillarme es la alegría, la gran alegría que pruebo, a pesar de todo.

¿Tendré alegría si no sintiese cierto, vivo, seguro el amor de Dios por mi?

*

Mi verdadero sufrimiento es el sufrimiento de los otros, es este mundo lleno de injusticia, de hambre, de miseria y de atropellos (Mira Chile).

Que yo evité la vergüenza de llorar por mí y sobre mí.

¡Si sólo pudiese hacer alguna cosa por quién sufre como yo! Esta impotencia es mi cruz: para mí no hay nada más por hacer (*dice la sentencia*); por el mundo, por los hombres hay mucho, mucho, mucho por hacer en cambio.

Si hay un divorcio que deberé hacer, sería con el sufrimiento mío. Pero ellos me acompañan desde el nacimiento fielmente y lo harán hasta la muerte.

Tantas veces me pregunto el por qué de tanto dolor y de tanto sufrir. Pero Jesús mismo no quiso esclarecer este misterio.

El no ha venido para esclarecer o explicar el dolor, ni para sacarnos el sufrimiento.

El nos ha enseñado solo a utilizar para hacer un medio de salvación y de conversión.

Y yo creo que, más importante que entender, es amar.

Del resto San Agustín dice, que si nosotros pudiésemos entender a Dios, o Dios no sería más Dios o nosotros seremos Dios.

Paciencia, por lo tanto. ¡Y se haga la santa voluntad del Señor!

Es propiamente en este abandono que el sufrimiento se traduce en alegría, y esto sé que es lo más grande de todos los misterios.

*

Para ser feliz no hace falta sufrir; pero se necesita ser más fuerte en el sufrimiento y llegar a poseer y a la conquista de nosotros mismos, a través de las dificultades y el dolor que la vida nos pone continuamente.

La felicidad no se regala, se conquista. Sobre todo los jóvenes no la quieren, prefieren bella y confeccionada. Aquella es una felicidad que hace marchitar por dentro, no sirve para llenar una vida. “Los jóvenes rechazan de ser considerados muchachos como abejas que deben ser llenados de mieles, los jóvenes desean construir la felicidad con sus manos, pedazo por pedazo”

*

¿Pero de este sufrimiento que deseamos hacer? ¿Ahí haremos un fardel pesado que amarga nuestro corazón? ¿Allí haremos una anteojera que nos impedirá de ver el sufrimiento de los otros? O sin embargo diremos a Jesús: “Escucha, Jesús, yo tengo aquí un gruesa pila de sufrimiento. Está abultando el alma mía y sofocando mí corazón. ¿Por qué no lo tomas sobre ti, por qué no lo haces tuyo? Si lo tengo para mí, se transforma en una pila de inmundicia, y a mi no me gusta estar sentado sobre una montón de inmundicias. Te lo dono, si lo uno a tu sufrimiento, entonces sé que no será en vano y el mío no será un sufrimiento inútil, por que tú harás de esto un medio de redención y de salvación.

“En sí y por sí mí sufrimiento es oscuridad y angustia, tu de esto hará luz y felicidad; es esclavitud, y tu de esto hará libertad. Jesús, una cosa te pido: no permitas que mi corazón se cierre en si mismo y que yo gire siempre en torno a mi dolores, como perro en la cadena que gira en torno al gancho que fija al suelo. Álzame, Jesús, en tus brazos, álzame tan alto para ver el sufrimiento del mundo.

LA VALENTÍA

Querida Carla, en la vida no se necesita jamás abatirse: la dignidad y el valor de un hombre esta todo en la capacidad suya de saberse levantar sobre sus propias desventuras.

Es bello ser hombres cuando se puede demostrar que no se es ánforas vacías y que en nosotros hay un espíritu indómito que ama, lucha y se dice a si mismo las palabras de Dante: “Nacidos no sois para vivir como bestias”, o como llorones (pero esto lo digo yo). Dios no abandona jamás a quién no se abandona: Él sostiene con su amor, siempre.

*

Cuantas veces, en camino de nuestro dolor, nos ha ocurrido y nos ocurre de sentir palabras de consuelo: personas, religiosas o no, que nos hablan de los sufrimientos y nos dicen que es un medio eficaz de salvación para si y los otros.

También me ha ocurrido, andando con el “tren blanco” a Loreto o a Lourdes, de sentir a los sacerdotes hablarnos del sufrimiento con toda la buena voluntad, tal vez colocando todo el corazón. Buena gente, cierto. Pero ellos de salud estaban bien. Y, esto también para hacerlo a propósito, muchos eran blancos y rojos como una manzana.

Entonces, sin ser culpables, un pensamiento nos pasa por la cabeza. No, no es una tentación, sino un pensamiento que nace naturalmente. Mientras aquellas buenas y bravas personas hablan, dentro de nosotros sentíamos una voz: “Eh, sí, aquellos hablan bien, ellos que tienen salud. Se habla bien de la cruz, cuando para llevarlas están los otros...”

No siento en rechazar estas objeciones que el resto hacen sin embargo al sufriente Job sus amigos que van ha confrontarlo, como se lee en la Biblia:

*También yo podré hablar como vosotros,
Si vosotros estuviereis en mi lugar
Podréis dirigiros bellas palabras
Y sobre la vuestra suerte encogeréis la cabeza.
Bien sabré confortaros con la boca mía
Y con el conforto de los labios míos,
No ahorrare...*

*

Lo primero de todo hay que decir que el sufrimiento es como el agua que asume la forme del recipiente en el cual se coloca. Así el sufrimiento tiene un aspecto para uno y un aspecto para otro. Podemos decir que no es propio que exista el sufrimiento, sino el hombre que sufre. El hombre con sus dolores, y sus particulares reacciones de frente al dolor.

Hay quién se desespera, quién se crea una propia filosofía y termina resignándose con esta idea: “si me la tomo es así, si no me la tomo es lo mismo, por lo tanto mejor no tomársela”. Sin embargo hay quién hace del sufrimiento un medio para amar, un medio para salvar. Estos últimos son aquellos que se acercan más a Jesús, que por amor a los hombres afrontó lo más cruel de los sufrimientos y lo más infame de las muertes.

El sufrimiento es único, pero son tantos los modelos para hacerla nuestra.

Creo que es oportuno decirles algunas cosas mía, para hacerles entender que yo soy de los vuestros, de vosotros que sufrís, en definitiva no uno “que habla bien por que está bien y no lleva la cruz...”.

He aquí, yo he nacido con una fea enfermedad que me ha reducido enseguida a la completa inmovilidad. Muevo un poco la cabeza y para escribir uso una maquina eléctrica, en la cual bato las teclas con un instrumento especial que tengo y controlo con la “boca - cabeza”.

Después, a demás de la inmovilidad, tengo otros “molestos” que no interesan a ninguno, creo.

Retengo de tener dicho todo de mí, o por lo meno de tener dicho cuanto basta para ser considerado en la vuestra categoría: un que sufre como vosotros.

Así como ahora tengo poco más de cuarenta años, tengo de esta cuarentena de sufrimientos una visión y una experiencia que podrá ser útil para quién quiera dar sentido a su sufrimiento.

Por que, vean, yo si he conseguido a dar al sufrimiento una utilidad, un fin, he conseguido de hacer rentar el sufrimiento.

Pero, no son migajas conseguida de golpe, de un día al otro. Y sobre todo no he conseguido por mí solo.

Al inicio fue duro, me he hasta desesperado, cuando veía mi cuerpo deshacerse bajo los ojos míos.

También yo he dicho: “¿Pero por qué propiamente a mí?”.

También yo he gritado que no era justo, que no hecho el mal a ninguno.

También a mí el sufrimiento me lanzó en las noches de la desesperación y no veía más que disturbios.

Propiamente porque también yo he estado desesperado, cerrado en mi mismo, propiamente porque he probado las amargas reacciones de la rebelión, entiendo bien al que no sabe aceptar el sufrimiento.

Decía que yo no saldría de aquella desesperación por mí solo. Por sí solo no se puede.

He encontrado quién me ha tendido la mano, quién se me ha acercado con amor. Lo miraba con sospecha, primero, pero después descubrí que sufría más que yo, que, si yo estaba en la cruz, ésta persona bendita lo estaba más que yo.

Se llamaba Julio, ha muerto aquel año. Hasta la edad de treinta y cinco años estaba bien. Era operador en las fundiciones de Terni. Después, casi improvisamente, se enfermó de una grave forma de artritis deformante que lo redujo en poco tiempo a un “ovillo humano”.

En medio de tantos atroces sufrimientos, era contentamente sereno y de todo se interesaba y conseguía a dar su contribución de hombre a los problemas de los hombres.

Fue él que me hizo entender y me hizo descubrir que aquello que daña en serio a un hombre, que reduce su dignidad, no es la enfermedad sino la esterilidad de ciertos dolores de rabias y lamentos, o estar lleno de envidia por el prójimo. Me hizo entender que uno puede caminar buenísimamente, ser fortísimo y lleno de salud, pero ser solamente una caricatura de hombre. Mientras que otro puede ser plenamente hombre, también si es obligado a la inmovilidad física o desde luego reducido para parecerse un fea copia de hombre.

Fue él que me hizo que entendiera que la verdadera desgracia de un hombre es cerrarse en los propios sufrimientos, pensar solo en su propio dolor, cerrando los ojos y el corazón a los sufrimientos de los otros hombres y no haciendo nada por ellos.

Comprendí las palabras de Jesús: “Quién quiera salvar su propia vida la perderá...”: quién quiera pensar solo en sus dolores se perderá en aquel dolor.

Entonces decidí de olvidarme y olvidar los sufrimientos míos, pesando en los sufrimientos de los otros.

Vi bien que mi verdadero mal no era aquello que me impedía de moverme físicamente, sino aquello que me impedía moverme en auxilio a los otros.

Por esto, durante un “tren blanco” (transporte de enfermos) a Loreto, pedí a la Virgen: “no me importa que yo sane por fuera, sáname por dentro. Haz que yo no sea un “hombre-para-mi” sino un “hombre-para-los-otros”. Sácame de ésta mí estéril desesperación, dale un fin a mi sufrimiento”.

“PROFETA INCÓMODO”

¿No habéis hecho también vosotros, amigos enfermos, esta experiencia? Ha sucedido también recientemente, que, en varias localidades balnearias en gratos lugares de veraneo, esta prohibido la estadía a niños paralíticos, o a sujetos anormales. Algunos albergues han abatido las puertas en sus caras y de las juntas comunales han deliberado que, “para no humillar estas criaturas desafortunadas con la vista de personas sanas, se debería usar la humanidad de no meterlos en confrontación con ellos...”

Es un sistema más disimulado de las maneras rápidas usadas en “Las Vegas”: se recurre a la hipocresía, se usan palabras civiles, de piedad para enmascarar el simple hecho que no quieren “aguafiestas” entre los pies. La vista de cuerpos crucificados, marcado por el dolor, turba la serenidad de tantos que descansan en las pequeñas “Las Vegas”, sueltos un poco por todas partes.

La gente no desea que se le recuerde su fragilidad de la salud, la brevedad de la juventud, la realidad del final, de la destrucción.

Un enfermo es como un cartel señalizado plantado allí, en medio de la lucha, para indicar que el hombre es circunstancial, que su cuerpo está sujeto a la enfermedad, a la decadencia.

El enfermo “es un profeta incómodo” que nos invita a reencontrarnos con nosotros mismos, que nos obliga a ver los límites nuestros, que nos llama a la humildad y nos hace sentir aquellos que verdaderamente somos: pequeños hombres precarios y necesitados de amor recíproco.

*

El argumento de conceder o no la vida para quién nace distinto, encuentra desarrollo también en periódicos, revistas y mesas redondas. Ellos tienen todos un grave defecto: falta el parecer de una de las partes en causa; a nosotros ninguno viene a proponernos la pregunta: “¿Ha estado bello para vosotros haber nacido o no?” Estoy seguro que la extra grande mayoría dirían: “Ha estado bello”

A menudo el mundo y la psicología de los sanos, de quién no ha conocido el verdadero sufrimiento, es fundada preponderantemente sobre las cosas que no cuentan y la vida termina por transformarse en monótona, una cebada para rumiar día por día. Y para ellos las horas no portan aquellos miles acontecimientos, que un enfermo nota y vive como cosas maravillosas, para él imposible.

Por ejemplo, descender o subir una escalera, atravesar un umbral, lavarse la cara, limpiarse los dientes, llevarse a los labios un vaso de agua fresca, abrazar un niño, llevar de la mano a alguno y así sucesivamente. Para mí todas son cosas extraordinarias y quizás pagaría por poderlas hacer, mientras que quién puede hacerlo ni meno se da cuenta, y para él termina siendo insignificante.

Las personas que están sanas a menudo pierden su referencia a la verdadera realidad y terminan por dar una importancia enorme a los pequeños fastidios, que no faltan jamás. Un ligero mal de cabeza, un dolorcito en las articulaciones y se tiene ya un mal humor. Un carburador defectuoso, un autobús que se pierde, un fin de semana dañado por un poco de nubes, y es el fin del mundo. La pasta demasiada salada, la antena del televisor defectuosa, el teléfono que suena mientras se está bañando, el vecino que hace un poco de ruido, los niños que “no están jamás quietos”, y allí se siente perseguido de la mala suerte y víctima del prójimo cruel. Se blasfemia que la vida es una engaño. Sin embargo la vida, aquella verdadera, es entregada como don cada día y para alegrarse bastaría abrir la palma de las manos, recibirla y alegrarse.

Es todo un modo de ser que parece absurdo y ridículo para quién, como nosotros, vive el goteo de una crucifixión cotidiana.

El valor auténtico de la vida, las personas sanas terminan por perderlas.

El sufrimiento se convierte a veces en puntal para vivir más intensamente el momento presente y lleva a recibir totalmente la vida, el valor de una sonrisa y de un acto de bondad.

Cuantas veces me viene deseos de gritar a los sanos: “¿tontos, no os dais cuenta de ser felices? Yo no os envidio, os exhorto solo a alegrarse de la vida”.

Y cuando rezo agrego a las palabras de la oración que Jesús nos ha enseñado: “...y as, o Padre, que cuantos tienen salud se acuerden de la fortuna que tienen y de la felicidad que viven”.

*

La marginación, la soledad, la incompreensión hacia nosotros los enfermos deriva propiamente de la falta de “generosidad del corazón” de los sanos. Pero la soledad le afecta también a ellos, por que el mundo de hoy es un mundo donde el amor se hace siempre más raro, y por lo tanto la soledad siempre más frecuente.

*

“¿Qué sentido tiene vivir por nosotros que somos así enfermos y débiles?”, me preguntaba el otro día una amiga mía hacia el final de una conversación telefónica.

Aquel día, ella se sentía floja de cuerda y veía todo negro. Se la tenía consigo misma por que, desde cuando ha nacido, no le parecía de haber hecho nada de útil y de válido: su existir lo sentía como un peso para si y para los otros. Estaba harta de estar en el mundo con aquella mortificante y amargo sentido de inutilidad y me preguntaba por qué Dios la ha creada, donde no podía hacer otra que sufrir y verse como “cosa para tirar”.

La dejé desahogarse y calmar. Ella también, como yo, estaba en el fondo de una cama, inmóvil, y su ambiente familiar era tal, por junta, de no tenerle consentida aquella visión más amplia de la existencia que solo la fe puede dar. Sin embargo no tengo por acaso advertido en ninguna persona tanta nostalgia de la fe como en ella. Sentía que tendía con toda sí misma de querer creer, pero primero deseaba entender.

Me dice, en una de las diversas conversaciones telefónicas que tubo conmigo: “Si Dios me diese una explicación convincente del porqué del sufrimiento, si me hiciera entender para que fin hace nacer y después vivir criaturas débiles que nada de útil pueden hacer..., creeré y gritaré mi fe en los techos. Pero él no me hace entender, no responde a mis preguntas. No me parece justo tener que creer sin entender. ¿Para qué cosa servimos nosotros así reducidos en lucecitas, así débil? Si los millares de aquellos que son como

nosotros deberían, coloquemos entre diez minutos, desaparecer todos, el mundo ni siquiera se dará cuenta...¿Para qué entonces puede servir nuestra existencia de débil?”. Para quién no tiene fe, no se puede responder con argumento de fe. No son validos para ellos. Es contraproducente hacer de misioneros con la filosofía o teología. Se puede solo ser testimonios con la coherencia de la propia fe. Las palabrerías no convence a ninguno; los hechos en cambio hacen reflexionar, y con la reflexión se ayuda a la fe para emerger.

Pero si no puedo usar los argumentos de la fe para dar respuesta a las inquietantes preguntas de mi amiga, puedo siempre intentar una similitud tomada de la realidad más experimentada: la realidad de la física atómica.

La ciencia nos dice que a demás de “fuerzas fuertes”, como aquellas electromagnéticas, nucleares, existen en la materia las así dichas “fuerzas débiles”, que son también una mil millones respecto a aquellas “fuertes”.

Estas “fuerzas débiles” parecen propiamente insignificantes, de descuidar. Pero si estas “fuerzas débiles” desapareciera (metamos entre diez minutos: como mi amiga quisiera suponer para nosotros enfermos y débiles) todo el universo, todas las estrellas que las componen estallarían en una inmensa catástrofe simultánea, y todo desaparecería, incluso nuestro sol y nuestra tierra.

Sin las “fuerzas débiles” no habría nada de universo, nada de estrellas, nada de sol, nada de vida.

Son las “fuerzas débiles” que no solo hacen existir el universo, sino lo hacen desarrollar hacia aquella meta por lo cual ha sido creado.

“¿Quizás? – dice aquella amiga mía – Quizás, que nuestra propia debilidad, la nuestra aparente insignificancia de enfermos no impida a los hombres de bestial izarse todavía más y de terminar así por autodestruirse en un apocalíptico estallo de armas atómicas. Quizás que nuestra propia debilidad no sea la viga importante que tiene todavía en pie el edificio de la humanidad, ¿Quizás?”

LA MADRE

Mamá es más valiente que yo. Ella, cuando ha venido el terremoto, estaba abriendo una latita de sardina para la cena. Ha dicho que sentía que se la escapaba de la mano y se ha cortado por supuesto.

Pero no se ha descompuesta ni en la primera sacudida, ni en las otras que han seguido.

Ella dijo: “Será aquello que Dios quiera” y me dice: “Tu recomienda el alma a Dios, después suceda aquello que debe suceder”.

*

Esta mañana mamá me ha hecho un regalo que me ha llenado de alegría. Había ido a limpiar las escaleras de un caserón que está más allá de la ferrovía, donde están los huertos. Cuando ha regresado, ha recogido un ramo de almendro todo florecido. Uno de los primeros. Es maravilloso. Lo he colocado bajo el cuadro de papá Giovanni que sonríe. Pero a él le he dicho: “Giovanni... ¡una bendición grande, grande para mamá! ¿Creo que se la merece no?”.

ENCUENTROS Y REFLEXIONES

¿Agárrate fuerte, entiendes? Tú buscas de no colocar en apuro al Señor, hay muchos lugares en el Paraíso no te lo quita ninguno: Está San Pedro que nos ha colocado sobre el sombrero, para decir que ha reservado, y cada tanto te lo desempolva.

Yo, cuando rezo, digo siempre que soy un ocioso de los primeros y que no se hacer nada. Así no me llaman para hacer algo.

Bromeando, bromeando verás que se llegará a cien años. ¡Ánimo! Ruega por mí.

*

En los días pasados me ha confortado la gran participación de jóvenes y jovencísimos al Congreso Eucarístico de Pescara. Estoy siempre más convencido que el Espíritu Santo está preparando una nueva maravillosa primavera de la Iglesia.

Otro que “Dios es muerto”, como tenía para escribir en tapa el Time.

Del resto de estos días el Time ha colocado en tapa la facha barbuda de Marx con su escrito “Marx esta muerto”...Que te debo decir, “Dios esta muerto”, “Marx esta muerto”...También yo no me siento muy bien...

ATALAYA DEL CIELO

Me habría gustado diseñar y pintar.

En esto hay tantas cosas bellas para sacar en este mundo. Como desearía pintar estas colinas Marchigiane así románticas, dulces y siempre verdes, y donde ya están las flores. Sobre las colinas adelante de mi ventana hay una, rociada de rosa: son las florcitas más audaces.

Las quisiera recoger todas y mandártelas.

Dime que cosas ves desde tu ventana.

¡Como quisiera mirar desde las ventanas de todas las casas del mundo!

*

A mi me gustaría donar solo alegría y no entristecer a ninguno. Entonces es mejor pensar en la Pascua, y este pensamiento es mi fuerza. Tal vez mí “viernes santo” es largo; pero pienso siempre que está el Señor Jesús para atenderme más allá de estos pasos de sufrimiento.

*

Este calor tórrido, ejerce todavía en el campo y durante el día me maltrata un poco. Pero las noches son bellas. Las estrellas parecen hacerse muy cercanas y de la mía litera, a través de las plantas de gerani (un tipo de flores) de la ventana me admiro en silencio. Yo diré que sus luces es un testimonio. Tenía razón Cicerone al decir: “¿Cual es el hombre, así pobre de ingenio, el cual mirando el cielo estrellado no entienda que es un Dios que gobierna el mundo?”.

Quedo fascinado cada noche, siempre.

Después me viene la melancolía, porque pienso que estas voces hechas de luces y de silencio encuentra la gran parte de los hombres anidado en sus egoísmos y en las pequeñeces como las arañas en sus agujeros.

Cómo, Domenico querido, sería bella la tierra si fuese escombros de estas escuálidas telarañas y las noches no tuvieran que las estrellas y ojos conmovidos para admirarlas.

*

Ahora llueve y es maravilloso. Dios mío, eres grandioso. De verdad que el invento de la lluvia es una cosa maravillosa (¡hasta que no canse!)

Si hubiese podido moverme y descender de esta cama, rápido estaría afuera para tomarme esta agua como hacen aquellos gansos blancos que en fila india están saliendo al costado de las colinas. Parecen serpientes blancas creadas por los relámpagos.

Pero no quisiera ser uno de aquellos gansos. Dentro de días terminarán todos sobre la mesa de un banquete de bodas.

Se casa el hijo del agricultor.

¡Fresca lluvia, como te quiero bien!

*

En este mes, aquí entre nosotros, está abierta la caza. Detrás de las colinas se siente a menudo disparar. Y yo a cada disparo me siento triste. ¿Porqué matar los animales así bárbaramente y a menudo si necesidad?

Muchas especies han desaparecidos. Yo que estoy obligado a ser “atalaya del cielo” en esta posición supina en el cual me encuentro. Un cielo que me da casi miedo, donde siempre es cada vez más raro ver un vuelo.

No es cuestión de ser sentimentales. Tal vez lo soy, pero siento un profundo respeto por la vida.

DISCÍPULO DE LA ESPERANZA

Hace pocos días que he leído un bellissimo elogio de la sonrisa.

“La sonrisa no cuesta nada, pero produce mucho. Enriquece a quién lo recibe, sin empobrecer a quién lo regala. No dura más que un instante, pero su recuerdo es inmortal. Ninguno es así de rico de ser en esto capaz de hacer menos, y ninguno es así de pobre de no poder en esto hacer la limosna”.

¿Te gusta?

Sí, lo se, a veces cuesta sonreír. Existen días para mí de durísima subida. Entonces más que nunca tengo necesidad de dar y de recibir una sonrisa, porque tengo necesidad de esperanza.

*

Muchas veces he podido experimentar que en el propio momento del desaliento, de más sufrimiento, propiamente cuando el horizonte parece cerrarse, amenazando, Dios está más cercano de cuanto se cree.

Se puede decir que más profunda es la noche y más Dios y el hombre son “codo a codo”: lo divide solo el diafragma del orgullo humano.

Estoy convencido que si, en humildad, fe y abandono supiésemos decir: “Señor, sálvanos que nosotros perecemos”, entonces veremos aquellos senderos de la salvación que ahora nos quedan escondidos.

Recuerdo la oración de Jesús: “Te agradezco, o Padre, que has escondido estas cosas a los sabios, a los soberbios y les has revelado a los simples, a los humildes y a los pobres”. ¿Yo creo que es así, no lo crees también tú?

*

¿Quizás que cosas nos traerán los próximos meses?

Motivos de pesimismo existen allí, pero yo soy optimista, a la manera de Dietrich Bonhoeffer que escribe sobre el optimismo: “El optimismo no es una manera de ver las situaciones presente, sino una energía vital, la fuerza de la esperanza, mientras otros están resignados, la fuerza de tener alta la cabeza cuando todo parece quebrar, la fuerza de sostener los golpes, la fuerza que no deja jamás el futuro al adversario”².

Así se hacen hombres.

LA ORACIÓN

Hoy, hablaré con el Señor, esto es rezar de manera viva y no por costumbre y mecánicamente, he llevado poca cuenta.

Pero yo sé por experiencia que es rezar: es la vida y vehículo de vida.

Si se rezase como nos enseñó el mismo Jesús, hoy el mundo no habría llegado al punto en el cual se está. Rezar, rezar siempre, con amor, confianza, he aquí el camino justo para elevarnos de tanta miseria moral, para hacer cesar esta destrucción espiritual.

“Señor, despiértate que nosotros perecemos”. Se necesita atreverse, como se atrevió Pedro.

*

...Hoy no se cree mucho en la oración, esto porque los hombres no consiguen más encontrar un vez más la íntima esencia de ellos mismos y no desean emerger de la chata sensualidad que lo encarcela. Remigio me decía que él creía en la oración porque, cuando es auténtica, es la forma más alta de poesía.

Una vez le pregunte si él creía en Dios. y él respondió que no creía en el “domicilio de Dios”. Le pregunte que cosa quiere decir. Y él dijo: “no creo en el Dios que habita en el cielo, sino en el Dios que habita en el corazón humano. Yo al Dios de los cielos no lo he sentido jamás; pero he sentido a menudo y con conmoción al Dios que habita en mi corazón”. Y la poesía era la voz de este Dios, una de las voces...

Hoy se ha perdido o se está perdiendo el hábito del silencio, o no se lo quiere ni meno, para no encontrarse de tu a tu consigo mismos y con la angustia del propio corazón. Porque, sin embargo muchas respuestas a las mías, las he encontrado en la propia hora de silencio en el fondo de la noche; en la inmovilidad el silencio se transforma casi palpable y la oscuridad absorbe el sufrimiento como una ambiciosa.

No hay mejor que el silencio para revelarnos los abismos de la vida.

² Pastor Protestante muerto en un campo de concentración por Hitler

*

Se vive pensando generalmente en sí, en cada uno, construyéndose un minúsculo universo de compromisos, de hipocresías, transformándolos en “bien pensantes”: es decir miembros de aquella multitud de personas “hombres de bien” que piensan solo en su bien.

El silencio nos revela a nosotros mismos porque, mientras todo calla, el alma habla y nos dice sobre nuestras miserias y la nuestra pequeñez: no somos nada y nada más poseemos fuera del amor que habíamos dado y que se da, y del bien que se ha hecho y que se hace.

LA FE

...En lo cerrado del minúsculo cuarto mío, siempre inmóvil sobre esta camita (escribo de hecho en supina), advierto la vida que palpita en torno a mi: el mundo, para mi, es todo a conocer. En esto siento solo los ecos.

Dios, si pudiese... He aquí, me gustaría ser sano y libre como los otros, ojalá por una semana. Que haré no lo se. En una semana no podré ver todas las cosas que desearía ver. La vida es una maravilla sin límites, creo que no existe nada más bello.

Los hombres a menudo no toman conciencia de esto, dedican inútilmente el tiempo por cosas que no valen, por cosas que meten después mala intención en el corazón y hacen el vacío adentro.

Si amasen las cosa que Dios ha hecho con sabiduría y amor, estarían sin otro más que contentos.

No creen a menudo en Dios, porque no ven las cosas de Dios. Y las cosas de Dios son las únicas a consolarnos.

Mira, a veces, basta tan poco para sentir el alma vibrar de alegría. Me sucede a menudo sentirme conmovido por los gritos de los niños que vienen de la calle, por un gorrión que viene a saltar sobre mi alfeizar...

...Lo sé que en esta vida existen personas menos buenas y en el mundo existen tantas cosas feas. A menudo, sobre todo en las horas de la noche, cuando no puedo dormir, porque el sufrimiento me roba el sueño, pienso en estas cosas feas que afligen a los hombres.

Entonces en serio me siento triste. No entiendo porqué los hombres, teniendo por Padre a un Dios así bueno y una vida así bella, derrochan todo, estropean todo, ¿porqué se hacen infelices con sus propias manos?...

*

Estaba pensando el tiempo que vendrá, cuando por amor y a través del amor de Dios, todos nosotros nos veremos “cara a cara, corazón a corazón”.

Aquel día nos llamaremos por el nombre, nuestro verdadero nombre que solo Dios conoce, porque aquél día el nombre que tendremos no será una formalidad como ahora; pero eso designará aquello que verdaderamente somos.

También en la Biblia Dios dice, refiriéndose a las criaturas fieles: “Los llamaré con sus verdaderos nombres”.

¡OH, como estoy curioso de saber como seré llamado! Sí, yo estoy muy curioso, no por las cosas de los hombres, sino por las cosas de Dios. Desearía abrazar “más para Dios es

posible”. A veces lo agradezco, porque en la inmovilidad mía me ha regalado la fantasía muy abierta, muy atenta.

Temo que el Señor me encuentre demasiado invasor. Pero tal vez es porque, cuando me siento sin Él (cierto es solo una impresión mía), me siento inquieto.

Digo siempre: “Todo con el Señor; nada sin Él”.

*

A medida que mi cuerpo se paralizaba (por que los músculos desaparecían), más el alma mía adquiría una dimensión nueva, una sensibilidad más profunda.

Ánimo, Jesús es la fuente de la nuestra restauración. Él solo puede aplacar la insatisfacción nuestra; en el fondo la inquieta insatisfacción nuestra, es Él que ha colocado en el corazón.

¡Fea situación si no fuese así!

Si en esto nos sintiésemos aplacar por las cosas del “mundo”, seríamos verdaderamente pequeños y miserables.

*

¿Quién eres por lo tanto, o Jesús?

Eres el tormento, eres la inquietud. Eres aquel que asalta y destruye si la vida nuestra se pone sobre la comodidad y la paz. Nos sacudes para no hacernos dormir, si hay uno solo de los hermanos nuestros que necesita de nosotros.

“¿Vosotros, quién decís que sea yo?”, preguntasteis y preguntas.

Eres aquél que nos haces sentir sucio por dentro, que nos tapa la boca en los juicios nuestros con un: “¿Y tu... que has hecho tu?... ¿que cosa entonces merecerías tu?”. Y en esto gritas: “hipócrita, mira primera la paja en el ojo tuyo...”.

Pero, Jesús, eres también aquél que nos das la paz, que nos devuelve la inocencia, que nos conservas en el corazón nuestro ser de niño. Eres el amigo fiel, que no nos abandonarías, si el mundo entero también nos tuviese que gritar de tras: “¡Ladrón! ¡Asesino!”.

Todos nos abandonarían, pero tú quedarías.

Tales pecadores somos, tu nos vienes al encuentro, nos agarras entre los brazos y nos llamas “predilectos”.

O Jesús, no nos preguntes quién eres tú. Lo sabes bien que en nosotros una parte grita: “¡Es un iluso! ¡Es un mito! ¡Es un filósofo! ¡Es un loco!

Pero la otra parte, lo mejor de nosotros, se agarra a ti para no morir y confiesa con Pedro: “¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente!”.

Sufrimos terriblemente, pero sabemos que alguien viene a salvarnos, liberarnos, sabemos que Jesús viene a nosotros para sacarnos fuera de esta “mina” de dolores.

Tú dirás que es cuestión de fe... ¡precisamente!

CIELOS NUEVOS Y TIERRA NUEVA

El mal mío es un feo tirano. Por fortuna llegará el día de la libertad, cuando el Señor me llamará hacia él.

Aquel día, en la cual la amiga muerte vendrá a quitarme las cepas, allí habrá solo bendición, porque finalmente nada me condicionará en el ímpetu de mi amor.

*

Si el Buen Dios me llamara a él en primavera (en una bella primavera del dos mil, se entiende...), le diré:

- Escucha, querido Dios, primero ¿me harías a mi una carrera entre los prado?

Él sonreiría y yo...andaría en aquel mar de hierbas. Quién vea dirá: “Pero mira que es extravagante aquel molino de viento...”. ¡Sin embargo seré yo!

Y pasaré entre las melenas de los árboles para sentir sobre mí el crujir de las hojas.

El buen Dios sonreirá de nuevo y dirá: “No lo sabía que me había surgido de las manos así loco...”

*

Te ofrezco, ¡OH Señor! la soledad mía.

Te ofrezco las penas que Jamás te he

ofrecido, las dificultades que

que jamás he pedido de sacarme.

Te ofrezco, ¡OH Señor! la alegría de elevarme

de subir siempre y también el sufrimiento

de tener que descender hasta el llano.

Te ofrezco lo poco que poseo

que no es mío, sino tuyo.

Te ofrezco mi vivir cotidiano

con las amarguras que jamás

he contado a nadie.

Te ofrezco, ¡OH Señor! las diferencias,

los dolores, los “porqué” del la vida mía.

Te ofrezco, ¡OH Señor! la inmensa tristeza

que me dan las madres que no saben rezar.

Pro manuscrito no está en venta

Tolentino 26-3-90